

VICENTE DE ESCOBAR Y FLOREZ

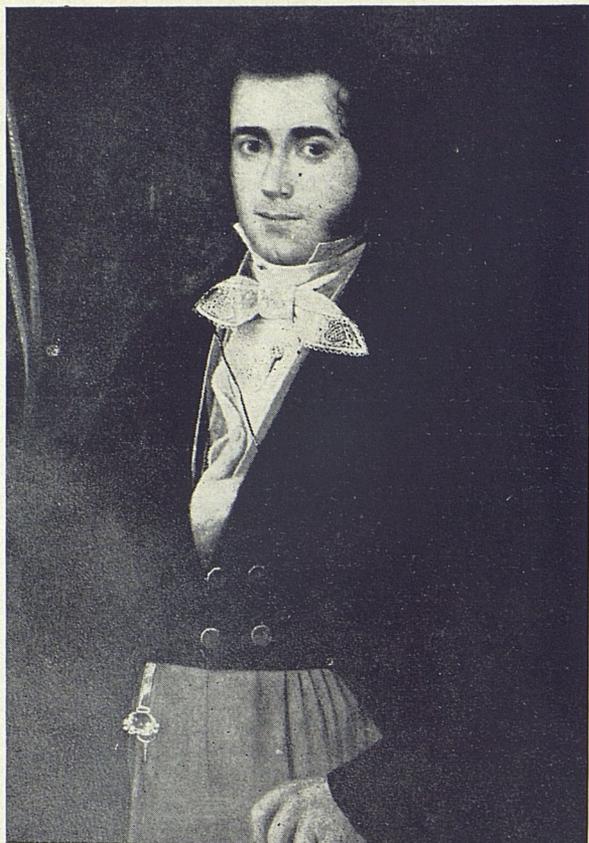
mayo 1942

Glosa con motivo de la exposición de sus retratos en el Lyceum Lawn Tennis Club.

EN el Lyceum Lawn Tennis Club, ya mediado mayo, se exhibieron diecinueve retratos de Vicente de Escobar y Florez, pintor cubano de gran nombradía entre sus contemporáneos de la isla. Debióse al Sr. Evelio Govantes, ingeniero distinguido y artista entusiasta, el que se reunieran en la sala de exposición de la femenina sociedad del Vedado tales lienzos, en manos de particulares unos y en el Museo Nacional y la Casa de Beneficencia otros. La feliz iniciativa reafirma otras de su autor, igualmente notables. Al señor Govantes debimos, primero, la exposición de las obras de Giullermo Collazo y las de Patricio de Landaluze, después. Ultimamente, por su gestión, se congregaron en el Lyceum, en tenida póstuma, diversos personajes de la colonia que, en sus días, dieron que hablar por sus obras o acciones. Dijérase que, volviendo de la nada, asistían a un convite de sombras. Muy encopetados en sus atuendos de lujo, mostrábase a las miradas de los visitantes, como personajes de una comedia mucho tiempo ha terminada. Escobar los pintó a todos en los momentos más culminantes de la existencia respectiva. Vamos a citar algunos sin orden de jerarquía, que el arte tiene la prerrogativa de excusar la etiqueta Don Nicolás de Mahy y Don Francisco Dionisio Vives, ambos capitanes generales de la isla. Don Alejandro Ramírez y Don Claudio Martínez de Pinillos, hombres públicos y hacendistas de muchas campanillas, el primero muerto pobre en la flor de su edad y el segundo de larga vida honorífica. Ambos ocupan largas páginas en la Historia de Cuba, de Pezuela, y en el Diccionario Biográfico, de Calcagno, fuentes iniciales de nuestro conocimiento con ellos. También estaban allí, bajo la iluminación eléctrica que ninguno sospechó, el discípulo del padre Varela, Don José María Casal y el literato, cuyos escritos nadie lee desde hace cien años, Don Lorenzo de

Lorenzo de Larrazábal y Calvo, el marqués del Real Transporte y Don Pedro Antonio Zamora. Juntos a tanta masculinidad ilustre, la Condesa de la Torre y algunas otras damas. Y como nota sugerente, el retrato de un niño que hace muchos años se hizo viejo y abrumado por ellos cayó en el suave y silencioso reposo de la tumba.

¿Quién fué Don Vicente de Escobar y Florez? Pues un pintor cubano de a principios del siglo XIX, al que le acompañaba la fama de ser un retratista notable por el parecido de sus lienzos con los originales. El Dr. Domingo Rosáin, que tuvo hace siete décadas, la ocurrencia de escribir un libro titulado "Necrópolis de la Habana" y en el que, bajo el epígrafe de Panteón, recogió la biografía de los que se avecindaron en el cementerio de Espada con algún derecho a que no se les tuviera por definitivamente muertos; el doctor Rosáin, repetimos, refiriéndose a Vicente Escobar, fallecido el 7 de abril de 1834, dice que el pintor trabajaba sus retratos cuidando más de la semejanza que del colorido y "reglas pictóricas que, por demás, desconocía". En su nota necrológica consigna el bueno del autor refiriéndose a Don Vicente: "Sobresalió como fisonomista". También Francisco Calcagno, en su Diccionario, tras decirnos que el pintor nació en 1757, asegura que fué un notable artista, célebre por su memoria que retenía los rasgos de los modelos con sólo un vistazo. Seguramente esta facultad fué la que le valió que le hicieran pintor de la Real Cámara por Real Orden de la Reina María Cristina de fecha 15 de mayo de 1827, según Calcagno, y de 3 de febrero de 1827, según Rosáin. Por cierto que Don Evelio Govantes, en la atinadísima conferencia que pronunció en el Lyceum la tarde de la apertura de la exposición, señala el hecho de que tal dato es erróneo porque Doña María Cristina no reinaba en esos días, por la sencilla razón de que aún distaba de casarse con el in-



Retrato de Don Lorenzo de Ayo y Bermúdez.
(Col. Sra. Virginia Garrich Vda. de Echevarría)

mundo Narizotas. Las bodas de Fernando y de María Cristina no se celebraron hasta el 11 de diciembre de 1829. Pudiera, pues, tenerse por mendaz lo del título de pintor de cámara concedido a Escobar si no existiera en el Archivo Nacional, como señala Govantes, la credencial a favor de aquél, suscrita por Vives. La Real Orden, que en esa credencial se copia, tiene fecha 6 de marzo de 1827. Sin embargo la del nombramiento correspondía al 13 de febrero del citado año. El que yerra en la referencia es Calcagno.

Hasta ahora las noticias que se tenían de Escobar eran muy pobres, recogidas por los dos citados biógrafos y repetidas por sus sucesores. Ambos consignan la buena memoria fisonómica del retratista y su falta de conocimientos; que fué el autor de la galería de retratos de gobernadores del Palacio de la Plaza de Armas y que, ya entrado en años, hizo un viaje por Europa. Rosaín apunta que le favoreció la fortuna porque los retratos le produjeron recursos para poder

pasar los achacosos días de su ancianidad. Por su parte, Calcagno señala vagamente como discípulo de Escobar a Plácido, el poeta fusilado por rebelde y conspirador. Ningún otro antecedente que sepamos confirma, ni siquiera autoriza, la referencia en cuestión. Gracias al señor Govantes sabemos un poco más del viejo retratista estimado y celebrado en la Habana del primer tercio del pasado siglo. Por lo pronto, conocemos su segundo apellido que era el de Florez. También por él podemos ver la partida de bautismo del pintor, que recibió las aguas purificadoras el lunes 5 de abril de 1762. Este dato debilita la afirmación de Calcagno de que nació en 1757, pues no es de creer que tardaran cinco años en incorporarle a la grey de Cristo, en aquella época en que la religiosidad habanera era exaltada, ritualista y puntual. Debió nacer el artista en ese año 1762 o en el anterior. Era hijo de un alférez de milicia llamado Don Antonio Feliciano de Escobar y Recio. El pintor celebró bodas con Doña Josefina Duque de Estrada y Pimenta, en 1798. La fecha de su muerte se conoce con exactitud: el 7 de abril de 1834. Hubo de alcanzar, pues, hasta los setenta y dos años.



Retrato de la Sra. María Justa de Ayo y Bermúdez.
(Col. Sra. Virginia Garrich Vda. de Echevarría)

Al bautizarle le inscribieron como pardo libre en el libro de la Parroquia Mayor de San Cristóbal de la Habana. Le enterraron como blanco en el cementerio de Espada. No nos importa ahora cuál fuera su color. Fué un artista primitivo en el procedimiento, más espontáneo que académico, lleno de un gran fervor por sus pinceles, como lo demuestra el hecho de que no los abandonara nunca. Hizo del retrato su especialidad y como retratista al fin, le concedió al rostro humano la gran importancia que éste tiene. Los caballeros y las damas de hace cien años, como los de ahora, repudiaban el retrato que faltaba al parecido. Los de ayer, como los de hoy, sólo accedían a que se mejorase el físico pero sin grave injuria a la semejanza. Escobar, que fué pintor cortesano de capitanes generales y aristócratas, debió ser maestro en eso de borrar arrugas, agrandar la pupila, enderezar la nariz y quitarle a la boca la apariencia de fauce. Cierta que no siempre pudo embellecer a sus modelos, porque hay y hubo siempre originales que no mejoran con ningún artificio.

El parecido era, a juzgar por las obras que tenemos de Escobar, su preocupación tenaz. Su



Retrato de Don Pablo Casals y Zabala.
(Col. Sra. Virginia Garrich Vda. de Echevarría)



Retrato de Niño
(Col. Dr. Antonio García Hernández)

pincel trabajaba en el rostro con paciencia y cuidado. El resto no le importaba gran cosa. Vemos así que en el óleo del caballero Don Pedro Antonio Zamora se destacan un tintero, unas plumas y unos libros que son los mismos que aparecen a la vera de Don José María Casal y Bermúdez. También el bastón y el gesto de brazo del Intendente Alejandro Ramírez son los mismos que luce el general Mahy.

Se ha dicho que la estatua del Dr. Alfredo Zayas, que se eleva cerca del Palacio Presidencial, no tiene del ilustre repúblico más que la cabeza y que el cuerpo pertenecía a un común modelo escultórico. Esto es: que en el taller del artista italiano que la compuso, había siempre cuerpos erguidos, en actitudes próceres, esperando cabezas de hispanos americanos ilustres que llevar con dignidad. Es probable que ésta sea la versión lanzada por lenguaraces políticos en los días apasionados del zayato. Nos viene a la memoria tal aserto viendo los cuadros de Escobar. Parece que el artista tiene un común modelo de las

figuras y que sólo las amplía o las estrecha, de acuerdo con la talla del original. Al cabo lo que le importa es la fisonomía. Sin embargo, dos lienzos de Escobar, de los que han escapado del olvido y el abandono, confirman que tenía talento y que a veces le comunicaba la inspiración un soplo de espiritualidad. El retrato del niño, aun libre de esos retoques trágicos que castigan a los pintores viejos, al menos sus obras, tiene gracia y ligereza en el trazo. También en el retrato de Doña María Justa de Ayo y Bermúdez se advierte como una suave influencia del estilo de Goya.

Las obras de Escobar, por su índole, tienen un doble atractivo: pertenecer a la infancia de nuestro arte pictórico, cuando todavía el concepto de la cubanidad estaba en mantillas; y copiar rostros ilustres de una época en extremo interesante de nuestra historia. De la Habana, de la

Isla de Cuba; anterior al siglo XIX, no tenemos más que barruntos, aparte la documentación histórica. Es la centuria décima nona la que asiste al nacimiento de la Idea en el orden artístico y en el orden político entre nosotros. Hasta Carlos IV nos sentimos coloniales contentos, sin más ambición que la de confundirnos con las gentes de la Metrópoli. Con Fernando VII empezamos a sentir deseos de ser alguien y la libertad nos parece otra cosa que una palabra brillante. Vicente Escobar debió haber oído al menos las primeras palabras de rebeldía. Tal vez tuvo por insensatos a los que hablaban de independencia cerca de él. La patria se complace en tenerlo entre sus preclaras figuras. Escobar fué un artista y debió alguna vez soñar en que era un bello tema para un cuadro—un cuadro que él no habría sabido pintar—, el de su pueblo libre.

Mario LESCANO ABELLA